

El sueño de una Europa unida

VÁCLAV
HAVEL

El Premio Carlomagno que he recibido había sido vinculado desde su nacimiento estrechamente a la idea de una Europa unida. No está relacionado con su ideal sólo por el nombre, que nos recuerda la figura del antiguo unificador de Europa, sino también con una galería de destacadas personalidades que lo recibieron en el pasado y que, sin excepción alguna, unieron su vida a los valores políticos fundamentales de Europa y a los procesos de integración basados en dichos valores.

Winston Churchill dijo en este lugar hace treinta y seis años al recibir el Premio Carlomagno lo siguiente: «Checoslovaquia recuperará su libertad y Alemania será unificada.»

Soy uno de los primeros laureados del premio que tiene la suerte de poder exclamar: «Winston Churchill, ¡Checoslovaquia ha vuelto a ser libre y Alemania a ser unificada!».

Los dos acontecimientos —la liberación de mi país y la unificación del suyo— no se encontraron en el mismo tiempo por casualidad. Ambos forman parte íntegra e inseparable del fenómeno histórico: la autoliberación de los pueblos de Europa Central y Oriental de los hierros del sistema totalitario y su retorno a los valores de los que habían sido aislados a la fuerza por el sistema totalitario. Al igual que muchos otros, también yo creía

*«No existen soluciones,
esquemas, modelos o recetas
simples o rectilíneos. El
proceso de la integración
paneuropea será,
evidentemente, un juego
simultáneo complejo en
numerosas tablas de ajedrez al
mismo tiempo.»*





siempre que el telón de hierro no podía derrumbarse sin que se desplomara su parte más visible —la pared de acero— y que esa pared no podía venir abajo por otro lado, sin haberse derrumbado todo ese telón. Dicha suposición se ha confirmado: la historia nos ha enseñado de que se trataba de dos caras de la misma moneda.

La libertad de Checoslovaquia, país en que ya tradicionalmente se enreda o desenreda la historia europea, y la unificación de la Alemania dividida artificialmente, forman, pues, parte de un acontecer único y mucho más amplio, un acontecer sumamente prometedor: dicha historia nos acerca de una forma jamás vista a la antigua creencia europea con que está vinculado dicho premio, o sea la esperanza de que Europa tras miles de años de discordias y guerras puede convertirse por fin en un espacio de cooperación amistosa de todos sus habitantes.

¿Qué hacer, pues, para que dicha esperanza se transforme rápidamente en realidad? ¿Qué hacer para que nuestra generación no pueda ser acusada por los futuros historiadores de haber desaprovechado una oportunidad sin precedentes que se abrió durante su vida ante Europa?

A mi juicio todos debemos liberarnos del cautiverio de diversos intereses particulares y estereotipos ideológicos habituales y descubrir en nosotros mismos el valor de pasos rápidos, no convencionales y a veces incluso peligrosos que, en la mayor medida posible, subordinen los intereses parciales y a corto plazo a los generales y a largo plazo. Es un momento histórico sin precedentes y, naturalmente, requiere actos sin precedentes.

No existen soluciones, esquemas, modelos o recetas simples o rectilíneos. El proceso de la integración paneuropea será, evidentemente, un juego simultáneo complejo en numerosas tablas de ajedrez al mismo tiempo.

En primer lugar es preciso apoyarse en las estructuras sobrenacionales que surgieron en Europa Occidental desde la segunda guerra mundial y dieron buenos resultados. Esas estructuras deberían explorar con mayor osadía nuevos contactos con los países que antes estaban y tenían que estar fuera de ellas, mientras que nuestros países deberían esforzarse, al mismo tiempo, por acercarse a dichas estructuras. El Consejo de Europa se ha abierto ante nosotros, nuestros países se van sumando a él gradualmente. Aspiramos a concertar tratados de asociación con las comunidades europeas, la entidad europea más integrada en estos momentos, y nos gustaría ser sus miembros plenos lo antes posible. En cuanto a la zona de seguridad, nuestros países van entablando relaciones de amistad con la OTAN y la Unión de Europa Occidental.

Paralelamente a dicha aproximación y asociación de los países pos-comunistas a las formaciones que antes agrupaban solamente a Europa Occidental y la apertura de ésta a nuestros países, todos hemos de buscar mancomunadamente nuevas posibilidades de integración incluso en los medios en que todos o casi todos estamos presentes desde el comienzo. El principal espacio lo constituye el proceso de Helsinki. Creo que es un terreno muy перспекivo que ha reunido numerosos requisitos para que, antes o después, se convierta en un marco firme de la seguridad y la cooperación europea, basada en una nueva generación de acuerdos colectivos.

Además de actividades intensas y pacientes en los sentidos mencionados hay que descubrir y probar cosas completamente nuevas que, desde su mismo nacimiento, deben reflejar radicalmente la nueva situación del continente, responder a sus necesidades y orientarse ya directamente a la idea de la unidad paneuropea. Una de las ideas de esa categoría la ha constituido la Con-

«Estoy convencido de que los esfuerzos heterogéneos no se descartan mutuamente, de que, incluso, no pueden eliminarse entre sí. Al contrario, deben completarse.»



federación Europea, expresada por el Presidente Mitterrand. Será discutida por vez primera ya el próximo mes en una reunión dedicada especialmente al tema en cuestión.

Estoy convencido de que los esfuerzos heterogéneos no se descartan mutuamente, de que, incluso, no pueden eliminarse entre sí. Al contrario, deben completarse. Ninguno de nosotros sabe por ahora en cuál de las partidas abrigamos la mayor posibilidad de éxito para todos, o sea para toda Europa, y ya por ese motivo hemos de prestar la debida atención a todas. Tanto más porque

cada una de ellas tiene sus ventajas y oportunidades únicas e inconfundibles y seríamos poco previsores si desaprovecháramos cualquiera de ellas sólo por orientarnos a las expectativas ofrecidas por las otras.

Durante todo el juego simultáneo complicado debemos tener en cuenta, en mi opinión, siempre dos asuntos importantes: Primero, el enlazamiento auténtico de la civilización europea con el continente americano. Difícilmente podríamos idearnos la integración paneuropea sin su dimensión atlántica, es decir sin una participación —más libre pero tanto más multifacética— de los Estados Unidos y del Canadá.

El segundo problema esencial lo constituye el hecho de que un futuro orden europeo sería impensable sin los pueblos europeos de la Unión Soviética que forman parte integrante de Europa, y sin lazos con la gran comunidad de naciones en que se va transformando la actual Unión Soviética. Su vía hacia la libertad, la democracia y la economía próspera resulta, según sabemos, especialmente complicada. Pero esto no puede ser la razón para dejarnos de interesar en el destino de nuestros vecinos orientales creyendo simplificar el proceso. Todo lo contrario: es un motivo para interesarnos en ellos más que antes. La positiva evolución de Europa como un todo resulta impensable sin un desarrollo de la sexta parte de la urbe, hasta hace poco temida y actualmente inquietante. También sobre ese fenómeno llamó la atención Churchill hace treinta y seis años.

Europa es un continente especialmente variado y heterogéneo, más aún por haber sido dividido tan cruelmente hasta hace poco. El imperativo de encontrar la mejor faz de futura unidad no es, por lo tanto, fácil e, indudablemente, no se cumplirá de un día a otro. Mas es una tarea en que tenemos que trabajar. Los países de Europa Central y Oriental no reclaman ni centran la atención en dicha necesidad convencidos de que como países hoy día pobres y desmoralizados encontrarían en sus amigos ricos y prósperos de Europa Occidental soluciones a todos sus problemas. Es verdad que ahora no podemos prescindir de una asistencia generosa, comparable al plan de George Marshall quien, entre otras cosas, era también portador del Premio Carlomagno, y que semejante ayuda sea, incluso, en el interés del

«Difícilmente podríamos idear la integración paneuropea sin su dimensión atlántica, es decir, sin una participación —más libre pero tanto más multifacética— de los Estados Unidos y del Canadá.»



«Un futuro orden europeo sería impensable sin los pueblos europeos de la Unión Soviética que forman parte integrante de Europa, y sin lazos con la gran comunidad de naciones en que se va transformando la actual Unión Soviética.»

Occidente mismo, pero nuestros empeños son impulsados por algo distinto: reclamando en el presente nuestra pertenencia al llamado Occidente hacen constar, ante todo, nuestra participación en cierto tipo de civilización, determinada cultura política, valores espirituales y principios universales. No se trata, entonces, sólo de una elección de los más ricos vecinos. Y no se trata, simplemente, de una civilización, cultura y valores que nos agradasen súbitamente —después de la quiebra del sistema comunista— sino de una civilización, cultura y valores que sentimos como nuestros propios, ya que tomamos parte en su creación a lo largo de varios siglos. No se trata, por lo tanto, de una fascinación por otro mundo. Al contrario, tras decenios de desviación innatural deseamos volver al cami-

no que era también nuestro.

Las tradiciones de la ciudad y del premio que concede conciernen una de las piedras toque del europeísmo: es decir las relaciones franco-alemanas, relaciones entre el elemento románico y germánico. Dichos contactos, tan dramáticos y conflictivos frecuentemente en el pasado, representan en el presente —y yo estoy convencido de que ya para siempre— una amistad, cooperación e influencia creadora estrechas merced también a dos portadores del Premio Carlomagno aquí presentes —el Presidente Mitterrand y el Canciller Kohl—, a quienes todos los europeos deberían agradecerles su esfuerzos de integración.

A mí me parece que la concesión del premio del año pasado al señor Horn, al igual que la elección de mi persona en este año, aluden claramente a otra dimensión clave del europeísmo genuino: los nexos antiguos y hoy rápidamente recuperados de grandes culturas de Europa Occidental con los medios culturales estratificados de Europa Central.

Todo parece indicar que la ciudad de Aachen es consciente de todas las dimensiones básicas de la unidad europea en la diversidad. Le doy las gracias a la ciudad de Aachen por el Premio Carlomagno. Leyendo los nombres de todos los que recibieron el premio anteriormente —semejantes personalidades como Churchill, Adenauer o Spa-ak— se me corta el aliento pensando que yo figuraré entre ellos. Ha sido un gran honor y aún mayor compromiso para mí. El compromiso de contribuir con todas nuestras fuerzas a que no desperdiguemos la posibilidad que se abre ante nosotros en estos momentos. La posibilidad de que Europa antes de finalizar este milenio sea por primera vez en su historia dramática una comunidad sólida de Estados democráticos y ciudadanos libres, que pronto se convierta en un continente que irradie al mundo ya para siempre el espíritu de comprensión, tolerancia y cooperación con derechos de igualdad.